

El hermano Damasceno: un pedagogo francés para la historia uruguaya

por Lincoln Maiztegui

Agradezco la invitación, en primer lugar, y en segundo lugar quito méritos a ese artículo, no porque no los tenga —que los tiene—, sino porque es mérito de los hermanos de la Sagrada Familia, que fueron quienes me facilitaron la información que manejé. Fuera de eso, yo con el hermano Damasceno tenía la relación intelectual que se tiene con el maestro en cuyos libros uno aprende, porque pertenezco a una generación que aprendió a amar la historia, y a amarla profundamente, a través de los textos de H. D., los textos del hermano Damasceno.

El autor. Profesor de Historia y periodista.

Me propongo que esta charla, que espero —de *esperanza*, no de *aguardar*— no comience demasiado tarde como para que los agarre demasiado cansados, sirva, entre otras cosas, para por lo menos mitigar uno de los olvidos más absurdos, y en gran parte intencionados, de lo que ha sido la cultura nacional: el olvido en que ha caído H. D., después de haber sido durante cincuenta años la fuente principal de estudios de historia en este país.

Pero empecé por el final; voy a comenzar con una anécdota personal, cosa que recomendaba H. D.: empezar con una anécdota, que atrapa la atención del público. Mi madre, doña Brenda Casas Araújo, me contaba que la noche del 26 de agosto de 1944 se encontraba ella con mi padre y un hermano, mi tío Eduardo, que estaba con su señora, cenando en lo que era el *Tupí viejo*, el café Tupí Nambá de la Ciudad Vieja. Un ambiente muy pequeñoburgués: un pianista que tocaba melodías posiblemente de Lecuona, algún samba de Ary Barroso, sin duda algún tango de Sebastián Piana o de Aníbal Troilo, en un país relativamente autosatisfecho, que estaba de alguna forma recuperándose del cimbronazo duro de los años treinta. En aquel momento, sin televisión ni radios portátiles, alguien trae la voz: Ha caído París, París ha sido liberado. De Gaulle camina por el centro de los Campos Elíseos, mientras las

balas le silban en torno a la cabeza, cantando La Marsellesa. Y esa voz, traída por algún ignoto mensajero, se empieza a correr y de inmediato cambia totalmente el ambiente del café: sobreviene un clima de jolgorio y de fiesta, la gente empieza a gritar «¡Viva Francia, abajo los nazis, viva la libertad!». Un clima absolutamente impropio, por lo menos en apariencia, de un suceso acontecido tan lejos, en un país que geográficamente, e incluso en muchos aspectos culturalmente, estaba tan lejos. Había un matrimonio de franceses, sobre un extremo de la sala; alguien se dio cuenta y entonces la gente los miró y comenzó a aplaudir, y ellos agradecían. Y en medio de esa atmósfera de fiesta por la liberación de París, por el regreso de París al seno de la libertad al que siempre perteneció, un hombre de complexión algo gruesa se levanta se acerca al pianista y le susurra algo al oído. Este se aparta inmediatamente, el hombre se sienta y comienza a tocar la polonesa *opus 6* de Chopin, la llamada *Polonesa heroica*, con toda esa carga enorme de lirismo épico, valga la contradicción, que hizo que Félix Mendelssohn la definiera alguna vez como «cañones envueltos en flores». Entonces, esa evocación última de la Francia profunda, a través de un músico polaco que es el más francés de todos los músicos, en aquel momento y en aquel Uruguay, provocó un estallido de emoción que mi madre no me podía contar sin que se le llenaran los ojos de lágrimas. El pianista no era otro que el gran Hugo Balzo.

A mí me parece que la anécdota es muy interesante para subrayar algo que dijo uno de mis antecesores en el uso de la palabra: la vinculación profunda que existe entre Uruguay y la cultura francesa. Dejemos en principio sentado que somos un pueblo de raigambre española, hablamos la hermosísima lengua de Cervantes, sonora como una campana, tenemos incluso en nuestras características muchos vicios y muchas virtudes del carácter español; pero no seríamos Uruguay sin el aporte francés, y no podemos entendernos a nosotros mismos sin el aspecto francés de nuestra cultura, que ha sido absolutamente fundamental en todos los órdenes. Ha sido fundamental en el campo del derecho; nuestro código está prácticamente traducido del código napoleónico, como todos los códigos civiles de Occidente, pero la estructura de nuestro derecho es de raíz francesa. Nuestra educación es de raíz francesa, la concepción humanista general, no especializada, sobre la cual se ha construido nuestra enseñanza es de raigambre francesa.

Quiere decir que tenemos en el fondo del espíritu una vinculación muy profunda con Francia, que explica de alguna forma la escena que les contaba al principio; que explica que los hijos de las familias de las clases medias y altas de Montevideo se educaran en Europa y siempre viajaran a París, porque París era el punto ideal, *non plus ultra* de la cultura; por lo menos, esa era la imagen que existía. Y explica ese hecho tan curioso de que tres grandes escritores de lengua francesa, Jules Laforgue, Isidore Ducasse y Jules

Supervielle, hayan nacido en Montevideo. Laforgue es uno de los grandes poetas postrománticos de la literatura francesa; Isidore Ducasse es conocido como el conde de Lautréamont, seudónimo que, indudablemente, señala su origen montevideano (*L'autre est à Mont*), y Jules Supervielle, de una familia de poderosa raigambre en el país, quien además vivió mucho tiempo en el Uruguay. Ellos constituyen tres ejemplos de un cordón umbilical muy poderoso, que tiene orígenes históricos diversos y bastante curiosos, porque en general la relación de Uruguay con Francia en el plano político ha sido bastante mala, desde la invasión de 1808 de Napoleón a España, que provocó que en Montevideo se conformara la Junta del 21 de setiembre de 1808, de afirmación españolista, presidida nada menos que por don Francisco Javier de Elío, el más integrista de los españoles; posteriormente, la intervención de tiempos de la Guerra Grande, que, por lo menos a los que venimos de una tradición blanca, nos parece un acto de imperialismo. Esos choques políticos entre el pequeño estado naciente y la gran nación europea no fueron obstáculo, curiosamente, para que se creara una corriente de contacto permanente que nos hace a todos los orientales un poco franceses.

De todas las aportaciones que Francia ha hecho a la cultura del Uruguay, que son enormes y se dan en todos los planos, la del hermano Damasceno es una de las más importantes, y esta afirmación, que puede parecer un poco exagerada, es algo que sostengo con profunda convicción. El hermano Damasceno creó los primeros textos pedagógicos de historia que se escribieron en este país. Hay ensayos anteriores, hay libros anteriores, pero no tenían el objetivo de enseñar la historia. Hubo uno, el de Francisco Berra, pero fue prohibido en tiempos de Latorre por su antiartiguismo, y hasta donde yo sé, por lo menos, esa prohibición nunca se ha levantado. Es como la declaración de guerra de Uruguay a Alemania a fines de la Segunda Guerra Mundial, que diez años después de terminada la guerra se dieron cuenta de que todavía seguíamos en guerra con Alemania.

El siglo XX llega sin que exista un texto de historia en el que los niños y los jóvenes uruguayos puedan conocer su pasado. Y esa obra la realiza, y la realiza brillantemente, H. D., porque yo sigo pensando que este *Ensayo de historia patria* que tenemos aquí, que se editó por última vez en 1955, sigue siendo, en muchos aspectos, el mejor libro de historia que se ha escrito en el Uruguay con fines pedagógicos. Esto es una opinión con la que se puede discrepar, pero es mi sincera opinión de modesto profesor de historia.

El hermano Damasceno era un francés típico de la Francia profunda. Nació en Serven, cerca de Saboya, en 1874, en el seno de una familia con todas las características de lo que es la Francia rural: madrugones, trabajo duro, vida frugal. Era un muchacho alto, muy delgado pero muy robusto, muy fuerte, que cuando tenía 14 años definió claramente una vocación religiosa y

entró, como aspirante inicialmente, después como novicio, en lo que son los Hermanos de la Sagrada Familia. A los 17 años, en 1891, profesó como Hermano y le dijo a su madre —mentira piadosa— que se iba a pasar unos días de vacaciones a Italia. En vez de irse de vacaciones a Italia, se fue al puerto, se tomó un barco que se llamaba *El Congo* y con tres compinches más de la edad de él, tres hermanos de la Sagrada Familia, se embarcó hacia el Uruguay, seguramente con una terrible sospecha de plumas en la cabeza, pensando qué sería ese país de nombre gutural y qué encontrarían allí. No era circunstancial ni habían elegido Uruguay por casualidad; había un pedido de monseñor Yéregui de que mandaran sacerdotes y hermanos, fundamentalmente para encargarse de los aspectos pedagógicos.

Estos cuatro hermanos eran el hermano Luis, que se llamaba Luis Regoatas y moriría tempranamente, de treinta y pocos años, en 1910; el hermano Próspero, llamado Próspero Gil, que murió en 1912, de treinta y ocho años; el hermano Damián, que se llamaba Francesc Claret, quien moriría en 1936, y el hermano Damasceno, que moriría en 1957. Cuatro destinos distintos para estos cuatro jóvenes que llegaban al Uruguay con ánimo evangelizador, sin mucha noción seguramente de qué clase de sociedad los esperaba, que se instalaban en Montevideo sin conocer la lengua. Se ubicaron en el colegio Sagrada Familia, que ya existía: se encontraba en las calles Lima y Piedra Alta, cerca de donde está en la actualidad.

El hermano Damasceno inmediatamente comenzó a dar clases de francés, que era lo único de lo que podía dar clases, y, como comentaba él después, con esa sinceridad desarmante que tenía: «me enseñaron más mis alumnos español a mí, que yo francés a ellos». Ahí comenzó su actividad docente, y empezó a conocer el país y a integrarse en él, en el país del cual nunca más se iría. En 1897, en la plaza Matriz, se produjo el asesinato del presidente Juan Idiarte Borda por mano de un joven analfabeto, empleado de un almacén, que se llamaba Avelino Arredondo, mientras el país ardía por los cuatro costados por la revolución de Aparicio Saravia. Eso impresionó muchísimo al hermano Damasceno, y una tradición afirma que ahí surgió su pasión por la historia, por aprender la historia de este pueblo que de una manera tan apasionada vivía su vida política y resolvía sus problemas. Y fue así que en el año 1900, en el último año del siglo XIX, publicó el *Ensayo de historia patria*. Es este mismo ensayo que tenemos sobre la mesa, en una versión por supuesto muchísimo más antigua, publicada 55 años antes de esta edición, como obra pedagógica orientada fundamentalmente a estudiantes de un cierto nivel; obra que iría mejorando, actualizando y corrigiendo —él corregía mucho— a lo largo de toda su vida; la obra de toda su vida. No hay más ediciones del *Ensayo* de H. D. porque el hermano Damasceno se murió; si no, lo habría seguido trabajando y perfeccionando. Una de las cosas que más me

admira es que en esta edición de 1955 hay citas de la obra *El Gobierno de Cerrito*, del Dr. Mateo Magariños de Mello, que se publicó ese año; quiere decir que, con ochenta y tres años, el hermano Damasceno seguía leyendo todo lo que salía sobre el Uruguay, lo que me parece una actitud de gran honestidad intelectual —aparte del agradecimiento a Dios que él debía tener por haber llegado a esa edad con esa salud y esa energía, realmente fuera de lo común—. Por supuesto, el libro tuvo un éxito tremendo, y no tanto porque fuera tan bueno —sin duda lo era— sino porque no había otro. Entonces, como empezó a usarse en los colegios católicos, desde luego, pero también en los colegios públicos, ese seudónimo extraño, *H. D.*, empezó a ser conocido en todos los ambientes pedagógicos.

Él fue mejorando y refinando su aportación. En 1910 publicó el *Libro segundo de historia patria*, para chicos de quinto y sexto año de escuela; dos años después, el *Libro primero de historia patria*, para chicos de primero y segundo, en un trabajo de afinación pedagógica cada vez mayor. En 1912 apareció su *Cronología de historia patria*, un trabajo que nadie había hecho antes, una referencia cronológica de los hechos de la historia oriental desde el principio. Al mismo tiempo, escribía un manual de religión, un manual de piedad para uso interno de los hermanos y colaboraba con otros hermanos en la redacción de los primeros textos de geografía que se escribieron en el país, firmados por *Pedro Martín* como firma colectiva. Pedro Martín era el nombre del provincial de ese entonces. Después hicieron la *Aritmética* de Pedro Martín —que contribuyó enormemente a disminuir la popularidad del hermano Damasceno, porque le rompió la cabeza a varias generaciones de estudiantes—, pero creo que en ella aprendimos aritmética por lo menos los que tenemos mi edad o similar; no sé si bien o mal, pero, desde luego, lo que sabemos lo aprendimos ahí.

Al mismo tiempo, y fíjense cómo dominaría ya el castellano, escribió los libros de gramática que firmaba *Hugo del Monte* o *Héctor Durán* —siempre *H. D.*— y que también tuvieron una influencia notable en la formación de varias generaciones de estudiantes. Creo que el hermano Damasceno llegó a dominar el español no sé si mejor que el francés, porque no sé cómo dominaba el francés, pero desde luego como muy pocos extranjeros lo han hecho en este país. La prosa del hermano Damasceno es admirable; es una prosa rica, llena de elocuencia, con frecuencia insuflada de lirismo, irónica cuando quiere serlo, ácida cuando quiere serlo, hasta poética por momentos. Para una persona que llegó al Uruguay a los 17 años y que tenía otra lengua materna, me parece un mérito realmente digno de destacarse.

Allá por 1930 los libros de *H. D.* reinaban soberanos en la enseñanza nacional, porque no había nada alternativo, pero habían pasado muchas cosas en Uruguay. El país había entrado por el campo del laicismo, se había

estatizado en muchísimos aspectos, y el batllismo practicaba todavía un anticlericalismo un poco primario, que en ciertos aspectos era muy fuerte. Fue entonces que un diputado batllista, el Dr. Modesto Etchepare, planteó en el Parlamento la impropiedad de los libros de H. D. para usarse en las escuelas públicas; argumentó que, con el pretexto de estudiar historia, lo que se hacía era dar enseñanza confesional y romper el laicismo, cosa que a él le parecía muy mal. Propuso por lo tanto la eliminación de los textos de H. D. de las escuelas públicas, y de hecho lo consiguió en primera instancia. Los textos desaparecieron, aunque sólo oficialmente, porque se siguieron empleando, dado que no había otros. Las autoridades de la enseñanza, entonces, le encargaron nada menos que al Dr. Eduardo Acevedo la confección de un tratado pedagógico de historia para niños y adolescentes, y Eduardo Acevedo, sin tradición pedagógica, escribió un libro espléndido, pero absolutamente inadecuado como texto para estudiantes liceales: un libro de investigación, que no era lo que se buscaba. Ante este fracaso, que hacía que los libros de H. D. se siguieran usando, las autoridades de la enseñanza convocaron, en 1941, un concurso para escribir un tratado de historia que sería empleado como texto oficial en los liceos y escuelas públicas. El trabajo ganador estaba firmado por *Los dos mosqueteros*. Cuando se abrió el sobre para ver la identidad de *Los dos mosqueteros*, resultó que se trataba de Eduardo Thomas, y nadie sabía quién era. Eduardo Thomas era una firma conjunta del Dr. Eustaquio Tomé y el hermano Damasceno. Habían ganado el concurso, para escándalo de un tribunal que lo había organizado con el fin de eliminar sus libros de la enseñanza. A mí esto me parece una de esas cosas que a uno lo reconcilian un poco con la justicia, porque demostraba claramente la superioridad pedagógica que tenía el hermano Damasceno sobre todos los autores de textos de estudio de esa época.

Con esa sinceridad que lo caracterizaba, y sin un ápice de pedantería o suficiencia, simplemente porque era así, en unos apuntes que dejó el hermano Damasceno decía: «El Dr. Eustaquio Tomé lo único que hizo fue poner el nombre; el libro lo escribí yo». Y hay que creerle, simplemente porque era la característica que lo adornaba, esa sinceridad inmediata que a veces lo ponía al borde de la grosería. Una vez le presentaron a un historiador brasileño muy prestigioso que conocía su obra, y que le dijo: «Hermano, sus libros me gustan mucho, pero creo que es usted muy injusto al tratar el período de la Cisplatina; me parece que no trata con justicia lo que fue la dominación brasileña». El hermano Damasceno lo dejó hablar y, cuando terminó, le dijo: «Estudie ese período como lo estudié yo, y va a ver que termina dándome la razón».

Una vez que el texto de Eduardo Thomas ganó el concurso, se dejaron de embromar y el libro de H. D. empezó a circular nuevamente en las escuelas públicas, hasta finales de la década del cuarenta y principios de los cin-

cuenta, cuando ya empezó escribir otra gente: Alfredo Traversoni, el doctor Rodolfo Schurmann, María Luisa Cooligan, José María Traibel, Evangelio Bonilla, Óscar Secco Ellauri, Flavio García y otros profesores de historia que iban creando una obra importante. Los libros de H. D. pasaron entonces a ser un texto más. Pero el hermano Damasceno había sido el maestro, el que de alguna forma les había enseñado a todos. En esas circunstancias afluó un poco la resistencia, que su postura tan claramente proeclesiástica había creado, y llegó el momento de los reconocimientos. En 1945 lo nombraron miembro del Instituto Histórico Geográfico del Uruguay y en 1950 se le hizo un gran homenaje por los cincuenta años de aparición del *Ensayo de historia patria*, lo que le dio oportunidad de hacer una espléndida definición de sí mismo: «soy francés de nacimiento y oriental de adopción; no soy ni blanco ni colorado, porque esos partidos están teñidos con sangre de hermanos. Soy, sí, artiguista por convicción». Posteriormente, en 1951, el gobierno de Francia lo premió con la Gran Cruz de Caballero de la Legión de Honor, que entiendo que es el principal galardón cultural que Francia da a sus hijos destacados. Y él, que había sido director del Colegio de la Sagrada Familia entre 1914 y 1924, vivió entonces en una especie de retiro, en el mismo colegio, respetado por todo el mundo, adorado por sus alumnos —que mantuvieron siempre con él una espléndida relación—, activo hasta el final, corrigiendo y mejorando constantemente su *Ensayo*, convertido en el azote de los editores, porque los llamaba trescientas veces para cambiar una coma, para cambiar un punto, para cambiar un texto que tenía que ir en esta letrita y no en esta otra, hasta tal punto que los correctores cobraban más cuando se trataba de los textos de H. D. Tenía fama de persona avara, muy conservadora, pero en realidad eso era simplemente la aplicación de la mentalidad con la cual él se había criado. Los chiquilines dejaban tirados lápices, gomas y otras cosas, y él los juntaba puntillosamente y los guardaba en el bolsillo para tenerlos siempre a disposición, por si a alguno le hacían falta.

Es así que los ochenta y pico de años lo encontraron en plena actividad, como les dije. Una noche, según parece por haberse levantado impropia-mente cuando hacía mucho frío, se agarró una congestión que empeoró rápidamente; poco después falleció. Estamos hablando del año 1957, en el mes de abril. Para el país fue un auténtico duelo; había fútbol en el estadio y se paró el partido para hacer un minuto de silencio. Por los altavoces se anunció la muerte del hermano Damasceno; nadie habló de Gilbert Perret, que era su verdadero nombre, porque la gente no lo sabía. Y hubo una congoja muy fuerte y muy sincera en el país frente al que había sido el maestro de tres generaciones, incluso para aquellos que, como es mi caso, nunca lo conocieron personalmente. Insisto en esto, porque creo que hace todavía más injusto y más inexplicable el olvido que posteriormente, y a partir de

cierto momento —creo yo que por razones que tienen que ver con aspectos ideológicos—, padece el hermano Damasceno. Terminó siendo una especie de paria, alguien que no existió, un hombre olvidado, y cuando se lo recuerda es para hacer algún comentario sardónico despreciativo, como el que hizo hace un tiempo una profesora presuntamente destacada; hablando de la enseñanza de la historia, esta señora dijo: «¿Es que vamos a volver a los tiempos del ‘intrigante Sarratea’?». El invento del «intrigante Sarratea» es genial; muestra el uso que H. D. hacía del epíteto para definir al personaje, de forma que al estudiante no se le olvidara nunca más, porque aprendía el nombre junto con el epíteto. Cargaba el texto de subjetividad, desde luego, pero como procedimiento pedagógico era de extraordinario valor. El «intrigante Sarratea», el «impío rey Carlos III» —porque había expulsado a los jesuitas—, «el tirano Rosas»... Los personajes aparecen siempre cubiertos por un epíteto que los define.

No me gusta hacer comparaciones entre lo que fueron los textos antiguos y los modernos, porque es muy injusto para los antiguos, y para los modernos también. Pero yo creo que, en muchísimos aspectos —y ahora paso directamente a ocuparme del ensayo de H. D.— este es el mejor libro pedagógico de historia que se ha escrito en este país, y por muchas razones. En primer lugar, porque parte del hecho histórico; no hay historia si no se parte del hecho. Lamentablemente he visto que muchos de los textos que se emplean en la actualidad dan por conocidos los hechos, dan por sentado que el estudiante los conoce —no sé cómo, por ciencia infusa—, y sobre eso teorizan. Entonces, claro, nos encontramos con unas deficiencias, con unas lagunas de conocimientos esenciales realmente tremendas. Eso era imposible que pasara con H. D., porque los hechos están anotados cronológicamente, con una claridad absoluta, y de ahí se parte. Y en segundo lugar, uno de los principales méritos que H. D. tiene es la objetividad, pese a que siempre se lo ha acusado de subjetivo. H. D. debe de haber sido el historiador más objetivo del país, porque una cosa es la objetividad y otra cosa la neutralidad. El historiador tiene que ser objetivo, pero no tiene obligación de ser neutral o imparcial. Como historiador, tengo que recoger que el 11 de setiembre del año 2001 se estrellaron tres aviones en Estados Unidos y murió tanta gente, pero no puedo ser imparcial ante ese hecho, es inmoral que lo sea. Eso es lo que encontramos en H. D.: primero, la objetividad más absoluta, la exposición del hecho tal como fue. Tiene errores de óptica, de apreciación —sin duda los ha de tener; no hay historiador que no los tenga—, pero con la información que él manejaba, exponía el hecho con total objetividad. Luego venía, sí, su opinión, fuertemente parcial, que hace que mucha gente critique estos textos sin darse cuenta de que, más allá de una discusión bizantina sobre si la historia debe o no ser aséptica, esta manera de ver la historia, esta prosa encendida,

lítica, de H. D., apasionadamente parcial, es lo que hace que el joven llegue a amar la historia, y esa es una de las claves de su éxito.

¿Dónde estaba la parcialidad de H. D.? Estaba primero en el nacionalismo, que inculcaba a sus alumnos el amor a la patria. Es una cosa que mucha falta nos está haciendo hoy en día —es una apreciación personal, claro— y que él tenía como un elemento esencial. En su texto siempre habla en plural cuando se refiere a los uruguayos: Por ejemplo: «Los brasileños nos arrebatan las Misiones». Y en segundo lugar, por supuesto, su catolicismo; los adjetivos o epítetos que acompañan a figuras como Carlos III, que expulsó a los jesuitas, o a Elío, que mandó expulsar a los sacerdotes franciscanos de Montevideo, no son precisamente agradables. Por otro lado, constantemente explicita el juicio moral que le merecen las acciones que sucedieron. Hablando, por ejemplo, de la expedición de don Pedro de Mendoza y de su estancia en Río de Janeiro, en tránsito hacia el Río de la Plata, refiere que Mendoza tuvo un lío con un maestro de campo llamado Osorio, al cual hizo asesinar. A ese episodio, que se podía simplemente contar sin comentarios, H. D. le dedica un largo párrafo en el que dice que fue un hecho cobarde, porque se lo asesinó a puñaladas y a traición. En otros casos utiliza adjetivos como «farisaico» para definir, por ejemplo, ciertas posiciones del director supremo de las Provincias Unidas, Juan Martín de Pueyrredón, respecto a Artigas: «Bando farisaico de Pueyrredón». Hay, por supuesto, una carga de parcialidad, pero, repito, creo que esto es precisamente lo que da a los textos de H. D. esa sal que ninguno tiene hoy en día. Y tercera virtud, para mí importantísima: los personajes de H. D. viven; H. D. trae seres humanos a la historia. No la convierte en un núcleo de fuerzas abstractas —la burguesía, el proletariado...— que se enfrentan; hay seres humanos llenos de pasiones, llenos de errores, con virtudes extraordinarias y con miserias brutales, que viven, que palpitan, que hacen que el estudiante, el que está leyendo este libro —y ante los libros de H. D. todos somos estudiantes— se interese, se apasione y entre en polémica con el compañero o con el amigo: que si Rivera, que si Oribe, que si tuvieron razón, que si no la tuvieron... Creo que, en definitiva, la historia tiene que tener capacidad de apasionar; si no, no se la vive ni se la aprende. Y eso H. D. lo tenía muy claro.

Resumiendo, creo que el *Ensayo de historia patria* de H. D. es el mejor libro pedagógico de historia que se haya escrito en este país, por muchas razones. Por la ambición del proyecto, que comienza explicando lo que es la Historia, dando una clase de metodología histórica; sigue explicando el mundo, cómo era el mundo en la Edad Media y en la Época Moderna, y de ahí pasa a estudiar las comunidades indígenas, el descubrimiento, la conquista, y va desarrollando cronológicamente los hechos con un orden admirable. Entonces es un libro tremendo, que empieza cuando empieza el mundo,

empieza cuando empieza el estudio de la historia, y termina en 1955, cuando él —pone el último punto al texto que escribió. Y también porque es el libro mejor escrito en este país, y hablo en términos de literatura. Es un libro espléndidamente escrito, el libro de una persona que conoce el idioma profundamente, que sabe lo que quiere decir y cómo decirlo. Además, en todo el texto hace gala de una tremenda galanura —valga la redundancia— que hace que su lectura sea un placer permanentemente. No existe en el país una cantidad de información como la que hay en estos dos tomos; es inconcebible lo que hay. No solamente están los hechos que todos conocemos, que están en cualquier libro de historia, sino una gran cantidad de anécdotas y hechos circunstanciales que realzan y enriquecen el conocimiento del período que se estudia. Se puede encontrar aquí una cantidad de datos que es imposible encontrar en ningún lado. Por ejemplo, cuándo se pusieron los primeros caños en Montevideo, cuándo se sustituyó el farol de aceite por el farol a gas, cuándo y dónde se prendió la primera bombita eléctrica, cuándo se plantó la primera vid, etc. Todo esto está aquí, con una riqueza de información realmente extraordinaria. Uno se encuentra por ejemplo con el siguiente párrafo:

Otro espectáculo de carnicería [antes había relatado las últimas corridas de toros de la Unión] era el *Rat Pit* o refugio de ratas, de importación inglesa, como lo decía su nombre. Instalado en un local céntrico de la Capital, tenía sucursales de caza en el vaciadero de basuras de *Punta Carretas*. El día de la inauguración, un perro mató veinte ratas en dos minutos, lo cual proporcionó al dueño una pingüe ganancia, como resultado de apuestas formuladas.

Esto, en sí mismo, es una pequeña anécdota que tiene que ver con la vida cotidiana de la gente. Esto que está tan de moda hoy en día, que es lo que está escribiendo el profesor Barrán —*Historia de la sensibilidad, Historias de la vida privada*— lo hizo H. D. hace muchísimos años. Al hablar de los fraudes electorales de la época de Julio Herrera y Obes, sobre todo lo que fue la política de la influencia directriz, que él expone con toda precisión, trae una llamada abajo que dice:

El «café frío». La mayoría de Colegio Eector de Minas había proclamado la candidatura del general Pedro De León. El Presidente de la República resolvió impedir el triunfo del general De León y envió con ese objeto una comisión militar presidida por el coronel (más tarde general) Ricardo Estevan. Uno de los titulares del Colegio Electoral, D. Arturo García, trabajaba en un café de la ciudad. Pese a su modesta posición, era García, al parecer, todo un político.

En eso, entra uno de los hombres del coronel Esteban llamado Doroteo Agriela y pide un café que García le sirve en el acto y bien caliente. A

nuestro cliente se le antoja que el café está frío, y sin atender razones, lo tira al suelo, insultando al sorprendido mozo y dirigiéndosele en son de guerra.

Al oír el alboroto, entra un policiano que aguardaba en la puerta, y sin más averiguaciones, arresta, no al señor Agriela, sino al tajista García, quien momentos después se encuentra, con no poco asombro, en la comisaría.

Ante semejante atropello otro de los titulares del Colegio se abstuvo de concurrir y la minoría aprovechó la oportunidad para convocar a los suplentes y elegir senador al candidato oficial, que era D. Prudencio Ellauri.

Esto del episodio del café frío yo lo conocía porque lo leí en H. D. En ningún lado se puede encontrar esta anécdota, que es parte de la historia del país; esto no es una bobada, esto era el país real, el país que funcionaba así. Así eran las cosas que me contaba mi madre, las que a su vez le contaba su padre, sobre los procesos electorales de aquella época. Por supuesto que uno no encuentra en H. D. sesudas interpretaciones sobre la exclusión de la clase obrera y su destino manifiesto de hacer la revolución social, pero encontramos párrafos como estos:

1901. Montevideo entró en el nuevo siglo con **tres huelgas** notables. Conviene advertir que la huelga es un derecho del obrero, con el fin de mejorar su suerte; pero a condición de no emplear violencias ni amenazas, ni ejercer coacción alguna para obligar a los demás a plegarse a la huelga.

[...] La primera fue la del personal de tranvías. «Trabajamos, decían sus iniciadores al Presidente Cuestas, de 18 a 21 horas diarias, con pequeños intervalos de 28 a 34 minutos para almorzar y comer ... y ganamos \$ 28 a \$ 36 mensuales, habiendo turnos en algunas empresas que sólo ganan de \$ 12 a \$ 14.»

Pedían, como base de arreglo: horario de 12 horas, sueldo de \$ 36 y reposición de los huelguistas en sus empleos.

La huelga duró casi una semana, durante la cual la policía arrestó a unos 200 huelguistas por actos de violencia contra los que continuaban trabajando. Como consecuencia, quedaron cesantes muchos empleados, y las empresas publicaron un manifiesto en que declaraban: «Pocos son los casos en que el trabajo de guardas y cocheros excede de 10 a 12 horas diarias y pocos los sueldos que bajan de \$ 30».

Unos y otros, probablemente, se apartaban algo de la verdad. Para acercarse a ella, habría que tomar el término medio, conforme al dicho latino *in medio veritas*.

Yo creo que esto es mucho más informativo sobre cómo era la vida de la clase obrera en el Montevideo de principio de siglo que cualquier análisis teórico abstracto que se haga sobre la organización de las primeras huelgas y de los primeros sindicatos. Pero además, y contra lo que afirman muchos

que gustan de opinar sobre lo que no han leído, hay una preocupación muy fuerte por los hechos económicos y por la infraestructura que provoca esos hechos. H. D. le dedica, cada tanto, un capítulo a la cultura, a la economía, a la evolución de las fuerzas productivas, a los cambios sociales; es mentira que se trata de una versión simplemente anecdótica de la historia.

Creo que a los que, de alguna forma, parecen haber borrado a H. D. de la memoria colectiva habría que preguntarles por qué motivo lo han hecho, por qué motivo el mayor pedagogo que ha dado la historia del Uruguay está prácticamente olvidado y, cuando se lo recuerda, se lo recuerda para hacer un comentario sardónico como el que les acabo de contar, u otros peores. Y como se puede pensar que yo, que no tengo más autoridad que la de un modesto profesor de historia, digo esto por parcialidad, voy a citar en mi respaldo una opinión que me parece más fuerte que la mía y de mucho mayor prestigio, por supuesto: la de don Juan E. Pivel Devoto, que hace más de cuarenta años escribía en *Marcha*:

Para lograr un texto de historia, lo esencial no consiste en que el autor sea un erudito, en que sepa mucho más que otros, en que sea católico o liberal, sino, sencillamente, en que sea capaz de exponer con ecuanimidad, don de síntesis y eficacia de estilo, los conocimientos generales que su capacidad de didacta le indique como los más representativos para dar la visión del pasado. Eso fue lo que hicieron en su tiempo Francisco A. Berra y, en grado insuperable, el Hermano Damasceno. Dos didactas de raza. Con diferente criterio y opuesta orientación, pero con la indiscutible autoridad técnica que les acuerda el mérito de haber sido los autores de los dos mejores manuales de historia que ha tenido la República.

Master dixit...

Resumen

El autor se propone rescatar del olvido la figura del hermano Damasceno, artífice de los primeros textos de enseñanza de la historia que se escribieron en el país, a quien considera una de las más importantes aportaciones de Francia a la cultura uruguaya. Tras una breve reseña biográfica, el autor repasa la obra de H. D. desde la primera edición del *Ensayo de historia patria*, en 1900, hasta sus libros de aritmética y gramática, y esgrime una defensa de sus contenidos y sus métodos, frecuentemente denostados, centrada precisamente en los valores pedagógicos.

Palabras Clave: Enseñanza de la historia, Francia, Cultura, Historia del Uruguay, Educadores.

Abstract

The author intends to rescue from oblivion the character of brother Damasceno, crafter of the first educational history texts written in the country, who he considers one of the most important contributions of France to Uruguayan culture. After a brief biographical review, he goes over the works of H. D. (Spanish for *hermano* —brother— Damasceno) from the first edition of the *Ensayo de historia patria*, in 1900, to his arithmetic and grammar books, and devises a defense of its contents and methods, frequently scorned, focused precisely on its pedagogical values.

Key words: Education history, France, Culture, Uruguay history, Teachers.

Copyright of Prisma is the property of Universidad Catolica del Uruguay Damaso Antonio Larranaga and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.